

EL DEBATE ACTUAL SOBRE LA DEMOCRACIA EN EL MUNDO ÁRABE. LA INICIATIVA NORTEAMERICANA DEL GRAN ORIENTE MEDIO

PALOMA GONZÁLEZ DEL MIÑO*

SUMARIO: I. PLANTEAMIENTO GENERAL. II. LA DEMOCRACIA EN EL MUNDO ÁRABO-MUSULMÁN: MITO Y REALIDAD. III. EL BINOMIO ISLAM-DEMOCRACIA. IV. ¿EL ISLAMISMO COMO ALTERNATIVA? V. EEUU: EL PROYECTO DE GRAN ORIENTE MEDIO. VI. CONCLUSIONES

La promoción de la democracia política y la primacía de los derechos humanos en la ribera sur del Mediterráneo, como objetivo a desarrollar, adquiere cuerpo de forma generalizada desde comienzos de la década de los noventa. En opinión de muchos analistas, el fin del sistema bipolar se presenta como una circunstancia idónea para la construcción de un nuevo orden internacional asentado en mayores dosis de planificación y acción.

Sin embargo, dicho objetivo ha ido perdiendo dinamismo en el plano de las realizaciones de facto, aunque no significa que haya dejado de estar presente en el ideario de la agenda internacional, convirtiéndose en un elemento activo en el discurso político. En efecto, en el escenario arabo-musulmán la presión en pro de la democracia y en un mayor respeto de los derechos humanos se perfila como un tema recurrente, no alcanzando la efectividad deseada. A pesar de esta situación, sí que podemos observar el consenso internacional existente en relación al planteamiento teórico, es decir, el beneficio redundaría no solamente en los países y sociedades receptoras, sino también en los impulsores.

* Profesora Titular de Relaciones Internacionales de la Universidad Complutense de Madrid.

I. PLANTEAMIENTO GENERAL

La pregunta clave es determinar cuál es el método adecuado para establecer la democracia en los países del sur del Mediterráneo. A este respecto, y en un plano teórico, nos encontramos con dos opciones que permiten, a su vez, amplias subdivisiones: por un lado, los partidarios de instaurar lo que podríamos denominar la «democracia impuesta»¹, con independencia de la situación político-económica del país, y por otro, los adeptos a un proceso gradual con base económica, es decir, la «democracia de mercado», asentada en la hipótesis de que la creación de un mercado capitalista propiciará el desarrollo, estando este concepto estrechamente ligado al favorecimiento de las libertades públicas, los derechos humanos y el pluralismo político. Esta premisa se formula en una coyuntura internacional donde el capitalismo globalizado es dominante, acentuado ante la falta de otras alternativas.

La simplificación en los análisis respecto a este vasto y variado espectro como es el mundo arabo-musulmán, propicia interpretaciones inadecuadas. En este sentido, el planteamiento defendido por algunos autores de que este área geográfica posee un problema específico que le impide acceder a la modernidad democrática, comporta elevadas dosis de mitología. En sus estudios la antropología religiosa se ha convertido en el elemento explicativo principal. Adoptar la posición de que la simbiosis *Islam-democracia* no puede arraigar «supone negar al Islam toda posibilidad de democratización y vincula la democracia a una forma única de sociedad, la occidental»².

La ecuación *Islam-construcción política* se caracteriza, precisamente, por la variedad y diversidad. La heterogeneidad es la nota dominante. El profesor Abdelfattah AMOR³, establece la tipología estatal islámica actual en tres grandes bloques diferenciados: estados subordinados a la *sharia*⁴, inspirados en ella⁵ y liberados de la misma⁶. Sin embargo, conviene tener presente las experiencias de carácter laico que han conocido algunas de las sociedades del sur del Mediterráneo, a las que se las tildado de «exentas de autenticidad» por la desafección impuesta a las poblaciones, muy vinculadas a la religión musulmana y a sus instituciones.

Si nos centramos en el plano de la economía, telón de fondo de los procesos políticos, el resultado ofrece un panorama modesto, porque las diversas estrategias

¹ Al respecto véase: LÄIDI, Zaki, *L'Orden mondial relâche: sens et puissance après la guerre froid*, Presses de la FNSP, Paris, 1993.

² MÁILA, J., «Islam y Democracia», en *El Mediterráneo, el mar que une y separa*. Vanguardia Dossier, nº 17, La Vanguardia Ediciones, Barcelona, octubre-diciembre de 2005, p. 65.

³ AMOR, Abdelfattah, «États musulmans et sharia islamique», en *Modernitat y religió*, Universitat d'estiu, Andorra, 1996, pp. 35-36.

⁴ Menciona como ejemplos Arabia Saudí, Irán, Sudán y Pakistán.

⁵ Menciona como ejemplos Bahrein, Siria, Egipto, Yemen y Omán.

⁶ Menciona como ejemplos Argelia, Irak, Marruecos, Níger, Senegal, Túnez y Turquía.

económicas llevadas a cabo por estos países no han cristalizado en auténtico desarrollo. Un denominador común de este «fracaso económico» en el mundo árabe es que los modelos económicos adoptados han estado al servicio de los intereses políticos, es decir, son el resultado de una «estrategia defensiva»⁷ de legitimación de las elites gobernantes más que de una convicción ideológica o una dinámica económica interna. La economía está al servicio del régimen político, no como verdadero vector de cambio estructural.

A nivel externo, en términos de participación en la economía mundial, en estos 30 años los países árabes mediterráneos se han convertido en los grandes perdedores del proceso de globalización: entre 1980 y el año 2000, la participación de los países árabes en el comercio mundial pasó del 13,5% a menos del 3,4%, y su cuota de inversión extranjera directa mundial pasó del 2,65% en 1975-1980 al 0,7% en 1990-1998. Estas cifras parecen justificar el calificativo que se le ha dado a los países de la región como «huérfanos de la globalización»⁸. Los resultados socio-económicos han sido flojos, no entrando en el círculo virtuoso de una economía productiva⁹ y asentada en las nuevas tecnologías, en la industria y en los servicios como fuentes de creación de empleo de forma continuada.

Dos actores externos, la Unión Europea y los Estados Unidos, han optado por una política de promoción de la democracia en el *Magreb* y Oriente Medio. En su discurso, la UE valora la democracia y el buen gobierno como prioridades incuestionables que, a su vez, son el resultado de 25 democracias. El protagonismo de un sistema democrático se lanza hasta el exterior de las fronteras comunitarias mediante actuaciones diversas, en un contexto de seguridad regional, solidaridad y pluralismo. Sin embargo, la plasmación de esta filosofía política tampoco ha obtenido los resultados previstos en tiempo y forma.

A lo largo de los últimos 50 años, Washington ha primado la estabilidad política frente a la democratización. Pero la actual Administración republicana ha diseñado un plan de actuación para el área, ampliando el mapa para hablar del «*Greater Middle East*», que incluye a los países árabes mediterráneos y a cinco no árabes. Este proyecto, que es la antítesis de la *realpolitik* republicana, se fundamenta en la exportación de los valores norteamericanos, principalmente el fomento de la democracia. Aunque puede resultar prematuro evaluar los resultados, el proyecto propicia grandes interrogantes.

⁷ MARTÍN, Iván, «En busca del desarrollo perdido. Modelos económicos en los países árabes», Vanguardia Dossier nº 17, Barcelona, octubre-diciembre 2005, p. 75.

⁸ Art. cit., p. 73.

⁹ Véase CLEMENT, M. H. y SPRINGBORG, R., *Globalisation and the Politics of Development in the Middle East*, Cambridge University Press, Cambridge, 2001.

II. LA DEMOCRACIA EN EL MUNDO ARABO MUSULMÁN: MITO Y REALIDAD

Democracia e Islam son dos términos avocados a ocupar un lugar prioritario en la evolución del *Magreb* y Oriente Medio en el siglo XXI. Lo primero que debemos tener presente es que estamos en un proceso incipiente, cuyos resultados finales todavía son una incógnita y las actuales valoraciones comparten que la democratización en esta zona se está caracterizando por la lentitud en cuanto al ritmo. En este sentido, tampoco conviene obviar que la experiencia occidental hacia la implantación de una plena democracia también ha sido un camino jalonado de avances y equivocaciones presidido por conflictos civiles, religiosos e ideológicos¹⁰.

El triunfo de los movimientos independentistas en su intento por acabar con el colonialismo europeo y la posterior creación, a partir de la Primera Guerra Mundial, de los actuales estados árabes se prolongó hasta los años 60, agrupando poblaciones que, aunque tenían un sustrato común, eran lo suficientemente diversas para configurar procesos políticos altamente diferenciados. La legitimidad histórica de los líderes políticos por haber logrado la independencia, junto a un extendido orgullo nacionalista y las promesas de desarrollo económico, crearon elevadas expectativas respecto a la construcción de un futuro prometedor.

Sin embargo, «el proceso de creación de los distintos países y sistemas políticos fue problemático y arduo; llevaba en su seno, además, las semillas de crisis posterior de identidad, legitimidad, poder y autoridad. La comprensión de Oriente Medio en la actualidad exige que no olvidemos que la mayoría de las naciones-Estado, como muchos otros Estados del mundo del mundo en vías de desarrollo y anteriormente colonizados, son relativamente recientes y se crearon artificialmente o se tallaron prácticamente a buril sobre antiguas colonias»¹¹. Esta virtualidad, sumada a los compromisos rotos en el plano de la democratización y el desarrollo, ha arrastrado consecuencias hasta la actualidad, configurando una región volátil¹².

Sin intentar justificar los problemas de unidad, regímenes autoritarios, fronteras ficticias, inestabilidad tanto interna como en el plano regional y falta de democracia, la herencia recibida por sus antiguas potencias colonizadoras también ha tenido su peso específico. Las metrópolis propiciaron una política conducente a mantener su *status quo*, sin dejar espacio para una senda que condujera a la futura democratiza-

¹⁰ Al respecto véase ESPÓSITO, J. L., y VOLL, J. O., *Islam y Democracia*, Oxford University Press, Nueva York, 1997.

¹¹ ESPÓSITO, J. L., «El reto de la democracia en Oriente Medio», en *Oriente Medio. Democracia o geoestrategia*, La Vanguardia Dossier nº 15, La Vanguardia, Barcelona, abril-junio 2005, p. 8.

¹² Aparte del Estado de Israel, son ejemplos significativos la creación por parte de Francia del Líbano, que incluyó parte de Siria. Reino Unido fijó las fronteras y los gobiernos de Irak, Kuwait y Jordania.

ción¹³. A este legado recibido se suma el establecimiento de gobiernos autoritarios, amparados por elites influyentes cuyo esquema de actuación prioritario es mantenerse en el poder. El escaso grado de legitimidad política de los dirigentes ha contado con el placer de las potencias internacionales. Asimismo, el proyecto económico de desarrollo ha jugado un papel marginal al servicio de la coyuntura política.

En este escenario la democracia estaba excluida. Las autocracias imperantes en el arco mediterráneo se han mantenido gracias al apoyo de Occidente, tendente a consagrar sus intereses políticos o económicos. Los jóvenes Estados arabo-musulmanes asumieron modelos mayoritariamente de corte occidental en el terreno político, económico, educativo y jurídico, excluyendo el desarrollo tanto de sus economías como de los vectores que comportan la democracia (participación política, preeminencia de la ley, promoción de la sociedad civil y respeto a los derechos humanos). El fracaso de estos modelos se tradujo en un resurgimiento del Islam en las sociedades musulmanas¹⁴.

Pese a las diversidades de toda índole existentes entre el *Magreb* y Oriente Próximo, la ausencia de democracia se perfila como un rasgo común. Del impacto de la tercera ola democratizadora, en palabras de Samuel HUNTINGTON, cabía esperar que también los países árabes se uniesen al grupo de las nuevas democracias, superando las variadas formas de autoritarismo que caracterizaban a la región. Entre 1974 y 1990 se produjo quizá el desarrollo político global más importante del siglo XX: la transición de más de 30 países no democráticos a sistemas políticos democráticos. Sin embargo, a los países árabes hay que excluirlos de este proceso y no será hasta la década de los 90 cuando en algunos de ellos se empiecen a propiciar tímidas políticas de liberalización.

La profesora MARTÍN MUÑOZ enumera una serie de factores concurrentes que han posibilitado que la democracia adquiriera un escaso peso en la geografía árabe y musulmana. La «explicación a este déficit se encuentra en causas externas (ingerencia exterior, creación colonial de Estados artificiales, instrumentalización de las minorías...) e internas (por constitución anómala de las elites, por los factores nacionales de cohesión y desconexión, por el papel del ejército por el autoritarismo nacionalista del Estado rentista, por el fracaso del modelo socialista...)»¹⁵.

Compartiendo plenamente la explicación apuntada por la mencionada autora, escapamos del frecuente análisis culturalista sobre la democracia en el mundo arabo-musulmán, en el sentido de que estas teorías tienden a focalizar en factores «inherentes, inmutables y determinantes de la cultura árabe y/o islámica predominante en la

¹³ ROY, O., *L'échec de l'Islam politique*, Editions du Senil, París, 1992.

¹⁴ ESPÓSITO, J. L., *Islam and Politics*, 4ª ed., Syracuse University Press, Syracuse, 1998.

¹⁵ MARTÍN MUÑOZ, G., *El Estado árabe. Crisis de legitimidad y contestación islamista*, ed. Bellaterra, Barcelona, 2000, p. 185.

región y no por experiencias históricas y factores sociopolíticos y estratégicos modificables»¹⁶. Numerosos políticos y analistas establecen una peligrosa ecuación entre *Islam-no democracia*, argumentando que esta religión y la cultura árabe o musulmana son antitéticos respecto a algunos postulados que comporta la democracia.

Es conveniente revisar otro de los mitos igualmente extendido, en el sentido de que algo falla estrepitosamente en los países árabes y musulmanes: su fértil cultura autoritaria. La ausencia de democracia no es exclusiva de esta región. Si aplicamos un análisis comparativo sobre este vector, en mayor o menor medida, se observa en muchos países en desarrollo. La crítica al Estado colonial no impide considerar como responsables a los dirigentes árabes, verdaderos artífices de la quiebra democrática en sus países y del descontento en sus poblaciones.

El consenso existente sobre la promoción de la democracia en esta área geográfica y cultural plantea una pregunta clave: ¿qué tipo de democracia? Para muchos árabes y musulmanes la democracia liberal se ha convertido en estrategia de hegemonía y dominio político por parte de Occidente. La «occidentalización», utilizando el término de Eduard SAID¹⁷, ha calado en un amplio sector poblacional, que la considera como un método impuesto y un instrumento de manipulación de las potencias internacionales para seguir manteniendo el control sobre los asuntos internos de estos países.

En sociedades que estiman altamente su independencia y soberanía, el temor a que la democratización esconda otro tipo de intereses subyace. Valoran más que la comunidad internacional patrocine el impulso de la gobernanza democrática a que sea una única superpotencia. En concreto, después de la experiencia de Irak, muchos árabes y musulmanes se reafirman en su no apuesta por Estados Unidos como garante del proceso democratizador, por dos motivos: colisiona con sus intereses y hegemonía en la zona, y no quieren que sus países se perpetúen como «piezas accesorias» de la política exterior norteamericana.

Ligar las elecciones en Irak –justificando la invasión– con las transformaciones políticas acontecidas en el último año en el *Magreb* y Oriente Medio, resulta cuanto menos ficticio. Asimismo, cercena el débil protagonismo que las oprimidas sociedades civiles árabes y musulmanas vienen ejerciendo en pro de los derechos humanos. Dicha argumentación tampoco puede justificar el elevado precio en pérdidas humanas tanto de iraquíes como de estadounidenses. El discurso elaborado por la Administración y numerosos medios de comunicación norteamericanos es costoso de justificar, ya sea en el ámbito interno o en el internacional¹⁸.

¹⁶ Op. cit., p. 185.

¹⁷ SAID, E. W., *Orientalism*, Vintage Book, New York, 1978.

¹⁸ La celebración de elecciones en Irak, en opinión de la Administración y numerosos medios de comunicación norteamericanos, se ha articulado en un discurso que considera como veredicto legítimo la invasión y destrucción

La posibilidad de que la democracia cuaje en este espacio mediterráneo no significa que por su propia virtud se solventen los enormes problemas estructurales de carácter social y económicos la región¹⁹. En el momento actual, la orientación hacia un sistema democrático que cristalice en un Estado de derecho sigue siendo una aspiración debido fundamentalmente a dos razones: a la falta de condiciones objetivas materiales y al carácter excesivamente economicista de los proyectos propiciados por los actores externos, que sirven más a los propósitos del mercado internacional que a los deseos políticos de las poblaciones, y a la ausencia de voluntad firme tanto en el ámbito interno como internacional.

III. EL BINOMIO ISLAM-DEMOCRACIA

Intentando huir de los enfoques que se asientan en el choque de civilizaciones²⁰, lo que sí se aprecia son las antinomias entre el mundo musulmán y occidental, acentuadas por los recientes acontecimientos históricos en esta área y en un escenario internacional donde ya no rige la clásica división este-oeste. Pero la mayor atención y protagonismo de los países arabo-musulmanes no puede propiciar un sistema de percepciones falsas, resultado de interpretaciones incorrectas o maniqueas. Como afirma el escritor marroquí Tahar BEN JELLOUN²¹, se trata de una historia de desconfianza, incluso de miedo; un miedo irracional como la mayoría de los miedos; un miedo alimentado, a veces, por la ignorancia.

Junto a las falsas apreciaciones sobre el Islam que nutren ciertas mentalidades occidentales, existe también una imagen pervertida de Occidente por parte de algunos sectores musulmanes que consideran que el eje de actuación se basa en la islamofobia, u hostilidad hacia el Islam. También resulta erróneo entender los procesos políticos y sociales del mundo musulmán como manifestaciones de un único vector, la religión, que en su vertiente extrema se transcriben en actitudes fanáticas no justificadas. La realidad es mucho más compleja y el reduccionismo conduce a análisis incorrectos y deformadores. Si se parte de un círculo negativo de falsas y generalizadas percepciones, el resultado está viciado.

del régimen *baazista*. La extrapolación de dicho discurso en el plano internacional se traduce en los beneficios democratizadores en Egipto, Líbano, Palestina y Arabia Saudí.

¹⁹ Educación, urbanización, empleo.

²⁰ HUNTINGTON, S., *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Paidós, Barcelona, 1997, pp. 259-260. El autor sostiene que el problema para Occidente no es realmente el fundamentalismo islámico, sino el propio Islam, una civilización diferente, cuyos adeptos están convencidos de la superioridad de su cultura y obsesionados con la inferioridad de su poder, imponiéndose la obligación de extenderla al resto del mundo.

²¹ BEN JELLOUN, T., *Ellos y nosotros, nosotros y los otros: Occidente y el Islam*, Fundación Francisco Fernández Ordóñez, Madrid, 1997, pp. 23-24.

La primera pregunta que suscita el binomio *Islam-democracia* gira en torno a la compatibilidad. Los analistas no ofrecen una respuesta unívoca²². A nuestro entender la religión islámica no es antitética respecto a la democracia, aunque conceptualmente resulta más compleja por la falta de división entre religión-Estado. Tal vez la mayor barrera a la democracia entre el Norte de África y Oriente Medio no sea esta religión²³, sino la inexistencia de una cultura política propiciada por las elites dirigentes, con respaldo de las potencias internacionales partidarias de mantener su *status quo*. En este sentido, buscar tesis deterministas que interpretan el Islam como un obstáculo es un ejercicio incorrecto, pues son los gobiernos y las elites modernas y laicas las que frenan el desarrollo de las sociedades musulmanas.

El término Islam ha dado su nombre a una religión que predica la sumisión y obediencia a Dios. Con un sentido globalizador, tiene por «finalidad suscitar y cultivar en el hombre la cualidad y la actitud del Islam»²⁴. Además, este vocablo árabe se refiere a la civilización que creció y se desarrolló con posterioridad a la muerte del Profeta, cuya identidad se ha ido afirmando y reforzando con el tiempo. Bajo una tradición cultural muy diversa, por la extensión del ámbito geográfico establecido²⁵, cabe preguntarse por la pluralidad del Islam, o como señala el profesor Olivier ROY, el Islam mundializado.

El ayatolá JOMEINI solía repetir que «el Islam es política o nada»²⁶. Esta afirmación no se corresponde con el origen. De hecho, las fuentes islámicas originales – *Corán*, *Sunna* y los *Hadices*– contienen limitadas referencias políticas sobre la forma del Estado islámico²⁷. Sin embargo, el Islam como religión es indisociable de la política desde los albores de su existencia, lo que supone que dichos ámbitos no pueden ser separados en la praxis política y excluye el establecimiento de un régimen secular²⁸.

Los Estados árabes modernos «han llevado a cabo una institucionalización del Islam a fin de oficializarlo y garantizarse el monopolio de su uso político, lo cual no deja de ser una anomalía con respecto a la concepción islámica original»²⁹. Esta ligazón *régimen político-Islam* ayuda a consolidar a cada uno de los actores mediante un

²² A este respecto véase el capítulo V en MENÉNDEZ DEL VALLE, E., *Islam y Democracia en el mundo que viene*, La Catarata, Madrid, 1997, pp. 125-142.

²³ CERRIL, B., *Civil democratic Islam*, Raud Corporation, Arlington, 2003.

²⁴ MAUDUDI, A., *Los principios del Islam*, Centro de Estudios Musulmanes, Granada, 1977, p. 8.

²⁵ Desde África del Norte a Indonesia, desde Oriente Medio a Senegal, además de los países receptores de inmigrantes musulmanes.

²⁶ LEWIS, B., *La crisis del Islam. Guerra Santa y terrorismo*, Bellaterra, Barcelona, 2003, p. 31.

²⁷ AYUBI, N., *Islam político, teorías tradicionales y rupturas*, Bellaterra, Barcelona, 1991, p. 22.

²⁸ ROSER NEBOT, N., *Religión y política. La concepción islámica*, Fundación Sapere Aude, Madrid, 2002, pp. 124 y ss.

²⁹ MARTÍN MUÑOZ, G., *El Estado Árabe. Crisis de legitimidad y contestación islamista*, Bellaterra, Barcelona, 1999, p. 238.

pacto, «de manera que el primero permitirá al segundo controlar y vigilar el mantenimiento del orden social islámico, a cambio de lo cual no cuestionará políticamente el poder; antes bien, avalará su correcta condición musulmana, perpetuando así a los ulemas en su papel de intermediarios sociales como intérpretes de lo que es lícito e ilícito en el Islam»³⁰.

Las referencias al Islam por parte de las elites políticas se convierte, salvo excepciones, en una característica común aplicable tanto en el *Magreb* como en el *Masrek*. La connivencia entre *Islam-poder político* es constante y se manifiesta en un abanico amplio de posibilidades: construcción de mezquitas, cobertura a la predicación islámica, respaldo al Islam por los medios de comunicación, campañas de moralización, creación de universidades islámicas, adopción del derecho musulmán para el estatuto personal... A cambio de controlar el orden social y cultural por parte del Islam y el político por los gobernantes, se consagra la dualidad entre el derecho positivo e islámico.

IV. ¿EL ISLAMISMO COMO ALTERNATIVA?

Diversos son los términos que se utilizan indistintamente por el colectivo social: Islam político³¹, fundamentalismo³², integrismo³³ o islamismo³⁴. La confusión y asociación indiscriminada de estos conceptos, antagónicos entre sí, se manejan como sinónimos. Replantear un uso adecuado del lenguaje ayudaría a clarificar equívocos.

El islamismo se ha convertido en una realidad que preocupa, tanto en el ámbito interno de los países que lo viven como a nivel internacional, por su creciente pujanza, por su capacidad movilizadora y por su proyecto político. Sin embargo, un problema con el que nos topamos en Occidente es la tendencia a mezclar todos los mo-

³⁰ Op. cit., p. 239.

³¹ Este término ha sido cuestionado por su inexactitud. La política configura sólo una parte del Islam y, por lo tanto, no es correcto utilizar esta acepción, sino una dimensión política del Islam.

³² Comenzó a utilizarse sistemáticamente para designar el Islam desde finales de la década de los 70. En verdad, surgió en EEUU a comienzos del siglo XIX para denominar a una serie de grupos cristianos (protestantes americanos) que planteaban unos fundamentos religiosos que no se podían transgredir. Con la Revolución Jomeinista en Irán (1979) el vocablo adoptó connotaciones diferentes, pues implicaba la interpretación ortodoxa del Islam, defendiendo la verdad absoluta del texto sagrado (*Corán*) y de la tradición (*Sunna*), frente a toda crítica, aspirando a la unidad religioso-política, en donde las leyes y normas religiosas fuesen el fundamento inmediato de la constitución política y de la vida pública.

³³ Utilizado por la doctrina francesa que predica el retorno a los textos sagrados como fundamentos de toda crítica y renovación.

³⁴ Es un «movimiento político y social que aspira, a pesar de su discurso e inspiración religiosa, a transformar un sistema político y / o social, y a no propagar una nueva religión». GHALIOUN, B., *Islam y Política*, Bellaterra, Barcelona, 2000, p. 82.

vimientos reformistas islámicos, denominarlos indiscriminadamente y atribuirles un supuesto radicalismo de carácter violento³⁵.

Según el profesor GHALIOUN, el «islamismo es un movimiento político y social que aspira, a pesar de su discurso e inspiración religiosa, a transformar un sistema político y / o social, y no a propagar una nueva religión»³⁶. Partiendo de esta definición podemos afirmar que el islamismo aglutina varios aspectos: es un movimiento político y social; el lenguaje utilizado tiene un sustrato religioso que justifica las estrategias políticas; su objetivo es mejorar las condiciones sociopolíticas de las poblaciones y por tanto no se pretende una renovación religiosa propiamente. Asimismo, representan un movimiento de autoafirmación cultural frente a modelos exógenos. Su filosofía abarca tres grandes cuestiones que afectan a los países en los que se inscribe: el problema de la identidad, el desarrollo y el crecimiento económico, y la contextualización de los valores democráticos.

Se trata de una reacción contra el anómalo proceso de modernización y occidentalización. Los movimientos islamistas han de ser entendidos en paralelo a dicho proceso, y su desarrollo está directamente relacionado «con las lagunas existentes en el Estado con respecto a su vertiente cultural y de identidad nacional, a la vez que se beneficia del malestar acumulado por el incumplimiento de las promesas nacionalistas que sustentan a dichos Estados y por la marginación autoritaria de la *cosa pública* a la que sus elites dirigentes someten a los ciudadanos. Por ello, el origen y la dimensión de la tendencia islamista hoy día ha de analizarse en relación con el proceso de construcción, evolución y crisis del Estado moderno postcolonial»³⁷.

La dependencia del exterior en la construcción interna de los países arabo-musulmanes ha producido en amplios sectores de estas sociedades un rechazo hacia la occidentalización impuesta y un deseo de modernizar desde dentro³⁸, desde su propia idiosincrasia. Modernización, pero asentada en su propio patrimonio cultural y experiencia histórica. Este alejamiento del modo occidental moderno no significa estar en contra del progreso científico o social.

Los movimientos islamistas alcanzarán gran expansión en la década de los 80 por tres motivos principales: el respaldo moral que supuso la revolución iraní, el declive progresivo de los modelos socialistas-panarabistas y las facilidades otorgadas por ciertos gobiernos como estrategia política para contrarrestar la oposición izquierdista. Su credibilidad política aumenta al realizar funciones que el propio Estado no

³⁵ Al respecto véase: SEGURA I MAS, A., *El Magreb: del colonialismo al islamismo*, Universitat de Barcelona, Barcelona, 1994.

³⁶ GHALIOUN, B., *Islam y Política*, Bellaterra, Barcelona, 2000, p. 82.

³⁷ MARTÍN MUÑOZ, G., *El Estado Árabe. Crisis de legitimidad y contestación islamista*, Bellaterra, Barcelona, 1999, pp. 19-20.

³⁸ MARTÍN MUÑOZ, G. (ed), *Islam, Modernism and the West*, IB Tauris, Londres & Nueva York, 1999.

es capaz de asumir y se les percibe como una nueva elite capaz de ofrecer una alternativa, frente al cúmulo de déficits que los gobiernos postcoloniales prometieron y no han llevado a cabo.

La realidad actual muestra cómo los distintos movimientos islamistas representan la principal fuerza que ha de tenerse en cuenta para acometer cualquier cambio político en esta zona. Como el *Corán* no alude a un Estado islámico, queda abierto un amplio debate sobre el significado y las implicaciones del Islam en el terreno político. No obstante, se parte del principio rector de que los valores islámicos han de tener su traducción en la organización de la sociedad. La plasmación de este modelo islámico posibilita un abanico amplio de concreciones que comportan matices moderados o radicales.

Es innegable que los islamistas constituyen la principal fuerza activa que presiona en favor de cambios sociopolíticos y económicos en el *Magreb* y Oriente Medio. La primera razón estriba en que son, tanto los moderados como los radicales, las primeras víctimas de la represión, de la falta de democracia y derechos humanos. En segundo lugar, si aplicamos un ejercicio de prospectiva realista, en cualquier convocatoria electoral libre y plural, tendrían altísimas posibilidades de ganar las elecciones como ha ocurrido en Turquía o Palestina.

Los islamistas reformistas o moderados han de jugar un papel protagonista en la construcción de un proyecto creíble que satisfaga las aspiraciones de construcción democratizadora. De hecho, el reducido número de Estados árabes³⁹ que los ha integrado en el sistema, cuenta con mayores dosis para evolucionar hacia marcos liberales y pluralistas. En este sentido, «el islamismo reformista es el peor enemigo sobre el terreno social para los defensores de la violencia porque los deslegitiman desde el propio universo islámico que, guste o no, es hoy día el espacio fundamental de legitimación política de la región. Esto les da en la actualidad un valor de estabilizadores sociales aún mayor. Por el contrario, cualquier política basada en el hostigamiento»⁴⁰, la falta de integración o represión recrudecerá la situación y sólo conduce a un letargo artificial.

Las transformaciones democráticas no cuajarán con autenticidad sin la integración de los grupos islámicos no violentos, en un proceso gradual a múltiples bandas. Es cierto que se trata de una apuesta arriesgada, pero no se puede esquivar este factor si verdaderamente se pretende implementar la democratización en la zona. Dos actores externos, la UE y los EEUU, han elaborado propuestas encaminadas a lograr, al mismo tiempo, la estabilidad y la democracia, y para eso el compromiso con el isla-

³⁹ Jordania, Marruecos, Líbano, Kuwait.

⁴⁰ MARTÍN MUÑOZ, G., «Visiones innovadoras sobre el mundo árabe e islámico», El País, 29 de abril de 2005, p. 9.

mismo debe incluirse dentro de la estrategia general. Por su parte, a los islamistas les beneficia que la Europa comunitaria –pues con Norteamérica se muestran más reticentes– adoptara posiciones firmes y consecuentes sobre la necesidad de reformas políticas que permitan la auténtica representación de la voluntad popular a través de medios pacíficos.

El islamismo ha cobrado auge, convirtiéndose en catalizador del malestar social. Estos movimientos se muestran como alternativas para desarrollar funciones esenciales en las que el Estado es un actor inoperante⁴¹. En este sentido, las organizaciones islamistas en opinión de FULLER pueden desembocar a lo largo del siglo XXI en organizaciones no gubernamentales que concederán un especial protagonismo a la sociedad civil⁴². Otros analistas más escépticos⁴³ consideran estas iniciativas como meras coartadas que esconden otras intenciones, pues la hipótesis que desarrollan es que la promoción de la democracia y los valores pluralistas, por parte de los islamistas, son una mera estrategia y «puede que sean sinceros o puede que sólo sean meros caballos de Troya dispuestos a aprovechar las oportunidades que brindan las instituciones democráticas (...) hasta el día propicio en que todos juntos se lancen al asalto del aparato del Estado»⁴⁴.

A este debate se suman las reflexiones del profesor Burhan GHALIOUN⁴⁵, que ha desarrollado una argumentación según la cual la religión dejará de ser el núcleo central de las referencias políticas en estas sociedades. Los problemas que se plantean en las sociedades musulmanas no se deben a la obediencia islámica, sino a la «*lumpenmodernidad*». El hecho de vivir la modernidad en la pobreza es lo que ha pervertido los fundamentos éticos y políticos del mundo musulmán, al igual que ha sucedido en otros países en vías de desarrollo.

Las potencias exteriores, Unión Europea y EEUU, mantienen una postura unánime en detener al islamismo radical, aunque esto signifique facilitar el inmovilismo de unos sistemas políticos autocráticos o, dicho en otros términos, «modernización del autoritarismo»⁴⁶. El «déficit democrático es una de las causas profundas del fundamentalismo; los gobiernos no democráticos permanecen en el poder justificados por el temor a un auge del fundamentalismo, pero mantienen el déficit democráti-

⁴¹ Entre los más usuales se puede mencionar: ayuda material o económica a los necesitados, financiación de servicios religiosos para los pobres, educación, refugio, atención sanitaria –gratuita o con bajo coste–, celebración de ceremonias como el matrimonio, asistencia legal, instalaciones deportivas, etc.

⁴² FULLER, G.E., *The political Islam*, Palgrave MacMillan, Nueva York, 2003, p. 40.

⁴³ Entre otros analistas árabes está Moceen TUMI.

⁴⁴ BURGAT, F., *El islamismo cara a cara*, Bellaterra, Barcelona, 1996, p. 222.

⁴⁵ GHALIOUN, B., *Islam y política: las traiciones a la modernidad*, Bellaterra, Barcelona, 1999.

⁴⁶ VV. AA.: «Promoting democracy in the EMP. Which political strategy?», en *Euromesco Reports*, Euromesco Secretariat, Lisboa, noviembre de 2004, p. 12.

co»⁴⁷. Sin embargo, estas reflexiones conducen a un círculo vicioso que se perpetúa en el Norte de África y Oriente Medio. Pero si no son los gobiernos en el poder los interlocutores apropiados para la promoción de las auténticas reformas políticas, los islamistas moderados despiertan suspicacias, ¿será entonces la sociedad civil a quien es preciso dirigirse para que inicie el proceso de cambio?

Los islamistas moderados son uno de los sectores más perjudicados por la actual tesitura. En este sentido la falta de diálogo entre estos grupos y los actores internacionales no contribuye a mejoras sustanciales. Incluirles en la construcción de los procesos políticos nacionales se presenta como una de las claves, puesto que el reduccionismo está paralizando estrategias políticas. La Europa Comunitaria y Estados Unidos deberían defender un concepto de democracia menos ideológica en la que lo único inquebrantable sea su vocación y compromiso con las libertades y el pluralismo. La construcción de una base de confianza mutua no es una línea recta. El compromiso ha de ceñirse a los islamistas moderados y a las ONG's de carácter islámico que tienen gran influencia en la sociedad civil.

Si nos centramos en el análisis del discurso de los islamistas moderados, estos suministran un completo vocabulario y una rica conceptualización política, que puede ser usada para promulgar políticas y programas específicos⁴⁸. La estrecha conexión con sus militantes se puede percibir como un método válido que implique mayor participación popular y vaya calando una cultura democratizadora, en el sentido de una democracia desde abajo, desde las bases. El Islam político está en ascenso, aunque «ha faltado una estrategia concreta y positiva para tratar con él. Ya es hora de que Occidente piense en la posibilidad, si no en la necesidad, de convivir con regímenes islámicos que reflejen el sistema de creencias dominantes en sus sociedades y podrían servir de puente entre las clases gobernantes y sus poblaciones»⁴⁹. La inclusión de los islamistas moderados en los procesos políticos internos de democratización, y su conversión en interlocutores por parte de los actores externos, contribuiría a la credibilidad y eficacia de las estrategias reformistas.

⁴⁷ BALFOUR, R., «Democracy and Security in the Mediterranean: recent policy developments», en ALIBONI, R.; BALFOUR, R.; GUAZZONE, L. y SCHUMACHER, T., *Democracy and Security in the Barcelona Process: past experiences, future prospects*, IAI Quaderni, Roma, noviembre de 2004, p. 6.

⁴⁸ Esta es la tesis mantenida por el profesor VOLL. Al respecto véase: VOLL, J.O., «Sultans, Saint and Presidents. The Islamic Community and the State in North Africa», en ENTELIS, J.P. (ed), *Islam, Democracy and the State in North Africa*, Indiana University Press, Indiana, 1997, pp. 9 y 10.

⁴⁹ EL-DIN SHAHIN, E., «El Islam político: ¿está listo para comprometerse?», documento de trabajo, nº 3, Fríde, Madrid, febrero de 2005, p. 10.

V. EEUU: EL PROYECTO DE GRAN ORIENTE MEDIO

Los atentados promovidos por el terrorismo islamista junto a la invasión y ocupación de Irak, han contribuido a que la opinión pública internacional y los medios de comunicación centrasen en mayor grado la atención sobre esta zona del planeta y su universo sociopolítico y religioso. Sin embargo, dos actores externos, la Unión Europea y Estados Unidos, llevan décadas incluyendo este área en su agenda internacional.

En cuanto a la promoción de la democracia por parte de la UE, el espacio Euromediterráneo se consolida como núcleo de actuación comunitario dentro del «Nuevo Regionalismo Internacional», a partir de 1995 con la Conferencia Euromediterránea de Barcelona. Por parte de los EEUU, la Administración del Presidente George W. Bush también ha diseñado un plan de actuación para el norte de África y Oriente Próximo, en el que el vector rector es el mismo.

A pesar de la coincidencia respecto a los fines, hay diferencias entre los esquemas europeo y norteamericano que son sustanciales. Las principales dimensiones del modelo concebido por la UE se asientan en la defensa de la democracia, el respeto a los derechos humanos, la consecución del Estado de Derecho, la prosperidad socioeconómica, la cohesión y la justicia social..., amparados bajo un espíritu de solidaridad que cristalice, en un futuro próximo, en la constitución de una comunidad Euromediterránea de Estados democráticos. Solidaridad y desarrollo son dos dimensiones en las que se asienta el proyecto de la UE.

El proyecto norteamericano de remodelación política, social, económica y cultural forma parte de un plan estratégico de largo alcance a través de un proceso de reformas graduales, presentado en un formato global para fomentar la democratización regional, en un espacio geográfico en donde los EEUU mantienen una fuerte presencia político-económica.

Estados Unidos tomó el relevo a Francia y el Reino Unido para convertirse, a partir de la Guerra Fría, en el actor internacional más influyente de la región reforzando mediante la lógica de instrumentos «*policy sticks*» o «*policy carrot*» su hegemonía⁵⁰. A la relación privilegiada con Israel se suman el interés geoestratégico, el acceso al petróleo⁵¹ y el significativo mercado, civil y militar, como vectores prioritarios de la política norteamericana en Oriente Próximo.

⁵⁰ Véase: GUINAT, J., Edward, J. P. EDWIN, G. (eds.), *The Middle East Peace Process, Vision Versus Reality*, Sussex Academic Press, Brighton, 2002.

⁵¹ El petróleo, principal riqueza de esta zona, es uno de los núcleos esenciales en las luchas de influencia en Oriente Próximo. Así en el año 2001, ese espacio geográfico producía el 30'4% del petróleo mundial contando con él 65'54% de las reservas demostradas. ARAB PETROLEUM RESEARCH CENTER: Arab Oil and Gas Directory, París, 2002.

Estas directrices se mantienen constantes hasta la época actual. Sin embargo, la elección de George W. Bush, en noviembre de 2000, con su equipo de «halcones», decididos a reforzar la hegemonía de EEUU, se asienta en tres prioridades a las que los atentados del 11 de septiembre de 2001 y la ofensiva lanzada contra el «eje del mal» van a propiciar un discurso de legitimación: la guerra contra el terrorismo islamista, la consolidación de la superioridad norteamericana y la búsqueda de reservas petrolíferas⁵².

La iniciativa norteamericana, canalizada a través de dos propuestas –*The Middle East Peace Initiative* (MEPI) y *The Partnership for Progress and a Common Future with the Region of the Greater Middle East and North Africa* – tiene como objetivo, según sus postulados, promover cambios sustanciales en el plano político, económico, social e ideológico en esta región. La nomenclatura geopolítica estadounidense denomina tradicionalmente Oriente Medio al espacio geográfico que abarca el Occidente (*Magreb*) y Oriente (*Masrek*) árabe, la zona del Golfo arábigo-pérsico, además de Irán, Afganistán, Pakistán, Turquía y el Estado de Israel.

El *Magreb* y Oriente Medio son una prueba evidente de que la historia no es una línea uniforme, que resulta indispensable aplicar la casuística y que la conflictividad, ya sea política, social o religiosa, se ha convertido en una constante. Washington ha primado la estabilidad política sobre la democratización de esta zona porque ésta podría desembocar en el caos. Por el contrario, la Administración Bush, con un planteamiento antitético respecto a la tradicional *realpolitik* republicana de Kissinger, considera ahora que la estabilidad está en la democratización.

Es preciso señalar que EEUU y Europa no han coincidido en elaborar una política común sobre la zona debido a la antinomia en los intereses. Mientras Norteamérica se ceñía a asegurarse el suministro de crudos provenientes de la Península arábiga, a patrocinar determinados gobiernos y movimientos bajo la ecuación país amigo – país enemigo y a perpetuar su apoyo estratégico a Israel, Europa buscaba la estabilidad del Mediterráneo por razones de vecindad. La premisa europea se asienta en la disminución de riesgos de conflictividad frente a la aplicación del concepto «imperialismo democrático» propugnado por Washington.

Durante el primer mandato del Presidente Bush, el 11-S y el conflicto de Irak se convirtieron en los «productos estrella», relegando a un papel exento de

⁵² Según *British Petroleum* (B.P), los principales productores del Golfo Pérsico poseen el conjunto unos 728.000 millones barriles de petróleo, unos 2/3 de las reservas mundiales conocidas. Estos países son los mayores productores diarios del mundo, con unos 24 millones de barriles por día en el año 2004, lo que significa un 30% de la producción mundial conjunta. En este sentido, la mayoría de analistas coinciden en señalar que el porcentaje del Golfo Pérsico en la producción petrolera mundial aumentará de modo significativo en los próximos años, a medida que se produzca un declive irreversible en las zonas productoras más antiguas, incluidas las de EEUU, México, el Mar del Norte, China, e Indonesia. *British Petroleum: BP Statistical Review of World Energy*, Londres, junio de 2005, pp. 4-6.

protagonismo la democratización regional. Sin embargo, en el segundo mandato, y a pesar de los continuos y variados problemas de Irak, el esquema de actuación varía, al menos en el plano del discurso. A juicio del Presidente y de sus asesores, es necesario promover gobiernos democráticos, que aunque se opongan a la política norteamericana, el beneficio será mayor que si están respaldados por gobiernos dictatoriales.

Según las tesis mantenidas por los EEUU, son tres los obstáculos fundamentales que impiden el desarrollo de estos países e influyen negativamente en los intereses norteamericanos y europeos: la falta de libertad, la inexistencia de la sociedad del conocimiento y la deficiencia en las estructuras económicas junto a la escasez de producción. Convertida en la superpotencia dominante, EEUU ha diseñado una estrategia para mantener su hegemonía en una zona energética de fundamental importancia. La cruzada contra el terrorismo islámico ha propiciado una cobertura más vasta y ambiciosa.

El proyecto norteamericano busca refundar la cultura política regional, remodelarla según los esquemas de la democracia liberal, de la economía de mercado y de la sociedad abierta. A este planteamiento se suma la inmunización contra los fundamentalistas islamistas. Este nuevo orden americano tropieza con dos obstáculos decisivos: el conflicto palestino-israelí que lastra e hipoteca toda su política exterior en el mundo arabo-islámico, y el sentimiento «antiamericano» que ha calado en amplios sectores sociales agudizado por el conflicto de Irak.

La entonces asesora para Asuntos de Seguridad de la Administración Republicana, Condoleezza Rice, además de la democratización del mundo árabe-islámico, juzga como prioritario el establecimiento del diálogo entre Oriente y Occidente respecto a los grandes retos que afronta el sistema internacional: libertad, sociedad del conocimiento, y derechos de la mujer. Bajo el compromiso de respetar «la naturaleza de los países de la región», de los países más avanzados en el plano económico han de desempeñar un papel decisivo en la promoción de las reformas económicas y políticas del Gran Oriente Medio. Para hacer frente a este reto o desafío este proyecto se centra en tres campos de acción: promoción de la democracia mediante distintas iniciativas, integración de estos actores regionales en la sociedad del conocimiento, y ensanchar las oportunidades económicas integrando al sector privado como fuente de creación de empleo y riqueza⁵³.

La elaboración de estas iniciativas por parte de los EEUU provoca dudas respecto a la intencionalidad. En este sentido, sería un ejercicio metodológico plantearse si estos proyectos responden al deseo de promover cambios estructurales en los países pertenecientes al mundo árabe-musulmán, o responde a la constatación de que

⁵³ Teniendo a la mujer como destinataria prioritaria de estas iniciativas.

Norteamérica está perdiendo condiciones para mantener el *status quo* en la región. Los intereses políticos, estratégicos y energéticos de la superpotencia mundial se ven gravemente afectados por las fisuras en las relaciones bilaterales entre Washington y algunos de sus tradicionales aliados en Oriente Medio.

Con la consolidación del terrorismo islamista, Estados Unidos necesita redefinir su posición y reevaluar el papel de sus históricos aliados en un laberíntico tablero regional. El nuevo dibujo estratégico de Oriente Medio y la transformación de Irak en el pivote geopolítico van tomando forma. La iniciativa se sirve de un proceso de institucionalización de la política de cambio en la zona, que aunque consiga logros en el ámbito político y económico, también supone modificaciones en las estructuras identitarias en el conjunto de las sociedades que conforman Oriente Medio y Norte de África.

El profesor Stephen ZUNES ha elaborado un sugerente análisis de la política de los Estados Unidos hacia Oriente Medio, asociando los aspectos militares y políticos con los económicos. Su contenido se puede concentrar en diez postulados básicos⁵⁴:

1. EEUU ha jugado un papel decisivo en la militarización de la región.
2. EEUU mantienen una persistente presencia militar en Oriente Medio.
3. La política de EEUU de Irak tiene un enorme coste humano.
4. EEUU no ha sido un mediador imparcial en el conflicto palestino-israelí.
5. El apoyo estadounidense a Israel ha creado un enorme resentimiento en Oriente Medio.
6. EEUU no ha sido consecuente con la puesta en práctica del Derecho Internacional y las resoluciones del Consejo de Seguridad de NNUU.
7. EEUU ha apoyado los regímenes autocráticos de Oriente Medio.
8. La política estadounidense ha contribuido al ascenso de gobiernos islámicos radicales.
9. La promoción por EEUU de un modelo económico liberal en Oriente Medio no ha supuesto un beneficio para la mayor parte de la región.
10. La respuesta de EEUU al terrorismo en Oriente Medio ha sido contraproducente.

⁵⁴ Véase ZUNES, S., «Overview of Self-Determination Issues in the Middle East», en *Foreign Policy*, julio de 2001, <http://www.fpif.org/>

Los recientes acontecimientos en Oriente Medio contrastan con el panorama descrito por la Administración Bush, para justificar su ofensiva en el epicentro energético y geoestratégico del planeta. Y en este sentido es evidente el interés norteamericano por el tema del petróleo, en relación a la capacidad energética mundial. Aunque EEUU sólo obtiene del Golfo Pérsico un 1/5 de su petróleo importado considera prioritaria la estabilidad de la producción energética en esta región, porque sus principales aliados dependen de las importaciones para el consumo⁵⁵ y por la creciente demanda estadounidense de energía⁵⁶.

No podemos afirmar que la metodología democrática haya cuajado en nuestro área de análisis, aunque si se observa, en algunos países determinadas reformas con signos algo más positivos en este lento proceso de democratización. Por ahora responden más a operaciones cosméticas que a verdaderos cambios sustanciales, que todavía se asientan en el viejo «orden autocrático»⁵⁷. Una presencia más activa por parte de Unión Europea, la hostilidad hacia Estados Unidos en la región, la conducta de los dirigentes árabes, la canalización y evaluación de los heterogéneos movimiento islamistas y el terrorismo de los grupos islamistas radicales, también van a jugar un papel relevante en esta transformación hacia la democratización hacia el Norte de África y Oriente Medio.

En el terreno de las valoraciones, la iniciativa norteamericana ha suscitado reacciones diversas. Mientras «la opinión pública en los países Oriente Medio es reacia, por cuanto se trata de imponer reformas desde fuera, algunos líderes árabes han expresado su apoyo [...]. La respuesta oficial árabe, aunque aparentemente suspicaz, ha sido distinta, porque la reforma propuesta por EEUU no amenaza en absoluto sus regímenes sino más bien propone cooperar con ellos y utilizarlos como instrumento para el cumplimiento del plan. La calle árabe que demanda la implantación de regímenes democráticos lo hace sobre todo por repudio a las elites locales apoyadas desde hace mucho tiempo por Washington»⁵⁸.

También muchos son los interrogantes respecto la convergencia entre las políticas de la Unión Europea y los Estados Unidos para actuar en la democratización de esta región. La relevancia internacional de la Europa Comunitaria en este espacio es una

⁵⁵ La política energética de George W. Bush se basa en el supuesto de que un fracaso en este sector amenazaría la prosperidad económica y comprometería la seguridad nacional.

⁵⁶ Los altos funcionarios de la Casa Blanca siempre han negado que el petróleo tuviera relación con la invasión de Irak en 2003: «el único intereses de EE.UU en la región es avanzar la causa de la paz y la estabilidad, no la capacidad iraki de generar petróleo», KLARE, M. T., «Sangre y Petróleo. Las implicaciones de la política exterior y militar del plan energético Bush-Cheney», en *Un Mundo sin Petróleo*, La Vanguardia, Dossier, nº 18, enero-marzo, 2006, p. 24.

⁵⁷ El prestigioso analista del *New York Times*, Thomas FRIEDMAN ha afirmado varias veces en este periódico a lo largo del año 2005, que «el viejo orden autocrático comienza a desmoronarse».

⁵⁸ HADAS, S., «¿Vientos de cambio en Oriente Medio?», documento de trabajo, Real Instituto Elcano, 2005, p. 13.

realidad avalada por una política ambiciosa respaldada en múltiples iniciativas, que todavía no han alcanzado los objetivos previstos y por una intensa actividad diplomática. La evidencia de un renovado esfuerzo para aumentar su presencia indica que no se quiere ceñir a un papel marginal, ante el protagonismo hegemónico de EEUU.

El Norte de África y Oriente Medio son una región cuyo péndulo político oscila entre ciclos de esperanza y letargo. La dinámica iniciada en cuanto a los procesos de democratización implica actuaciones tanto en el ámbito interno de estos países como en el internacional, para conseguir una plena democracia que llevan demandando las poblaciones, verdaderas víctimas.

VI. CONCLUSIONES

El concepto de democracia ha ido adquiriendo connotaciones altamente positivas en el mundo árabe y musulmán, como demuestra los estudios de opinión efectuados a las poblaciones y el respaldo implícito a los movimientos que se presentan como alternativas (islamismo). En este sentido el discurso de numerosos líderes árabes carentes de legitimación, suele recurrir a la reiteración de que sus países se encuentran inmersos en procesos de democratización, carente éste de fiabilidad dado que la realidad todavía no se asienta en cambios estructurales.

El apoyo y la confianza en un sistema democrático se muestra menos frágil y más visible cuando va acompañado de mejoras sustanciales respecto a la situación económica de las poblaciones. En efecto, la percepción que tiene el ciudadano del mundo empobrecido es que la democracia está en conexión directa con el desarrollo y el bienestar económico. En el caso del espacio árabe-musulmán, y teniendo en cuenta la capacidad desestabilizadora de los actores opuestos, la necesidad del desarrollo económico va pareja a los procesos políticos.

Los tímidos pasos hacia la democracia por los regímenes autoritarios resultan deficitarios. El desajuste entre la retórica oficial y la realidad es característica común. Las poblaciones se muestran escépticas acerca de las credenciales democráticas de sus gobiernos. Los proyectos democratizadores promovidos por los actores internacionales plantean serias dudas, principalmente el lanzado por la Administración norteamericana actual. No preocupa que el diseño sea exógeno porque son conscientes que casi toda su existencia ha sido elaborada desde fuera: fronteras, instituciones, economía, política exterior, etc. La clave son las suspicacias que despierta su verdadera intencionalidad. Las experiencias pasadas no son un buen aval, subyaciendo que el principio rector no sea la formación de una zona acorde con el Proyecto del Nuevo Siglo Americano, asentado en el unilateralismo y en la homogenización económica, política, social y cultural según los patrones del modelo estadounidense.

